

LA MANSIÓN GLASS
LOS VAMPIROS DE MORGANVILLE
LIBRO 1

RACHEL CAINE

VERSÁTIL



El día que Claire se convirtió en un miembro más de la Mansión Glass, le robaron la colada.

Al mirar en el interior de la vieja y destartalada lavadora, solo vio las húmedas y pulidas paredes del tambor y, como si se tratara de un chiste malo, sus peores bragas y un solitario calcetín. Tenía prisa; solo había un par de lavadoras en el último piso de Howard Hall, las habitaciones más destartaladas y de peor calidad en la residencia más destartalada y de peor calidad. Dos lavadoras y dos secadoras que, con un poco de suerte, podías conseguir que funcionaran sin perder varias monedas en el intento. La ranura para billetes la daba por perdida. En las seis semanas que llevaba en la universidad, no había funcionado ni un solo día.

—No —exclamó mientras se apoyaba en el borde de la lavadora para inspeccionar el oscuro y parcialmente oxidado interior. Olía a moho y a detergente barato. Mirarlo de cerca no mejoró mucho las cosas.

Unas tristes bragas con las costuras deshilachadas y un calcetín.

Acababa de perder toda la ropa que se había puesto las dos últimas semanas. La única ropa que *quería* ponerse.

—¡No! —gritó en el interior del tambor, y este le devolvió el eco. Entonces aporreó la lavadora violentamente en la abolladura que habían dejado otros cientos de alumnos decepcionados. Le faltaba el aire. Tenía más ropa, aunque tampoco mucha más, pero era ropa de *última opción*, ropa del tipo oh-Dios-mío-no-me-la-pondría-ni-muerta. Pantalones demasiado cortos y que le daban aspecto de cateta, camisas demasiado grandes y estúpidas y que parecía que se las había comprado su madre. Como así era.

Tras la última noche de la pizza y tras haber comprado un libro *más* para la clase del Profesor Desorientado Euliss, quien aún no parecía tener muy claro qué asignatura estaba impartiendo, a Claire solo le quedaban trescientos dólares para pasar... bueno... unos cuantos meses más.

Suponía que, si buscaba un poco, podría comprar algo de ropa sin tener que emplear para ello todo su presupuesto. Después de todo, el centro de Morganville, Texas, era la capital mundial de la ropa de ganga. Siempre y cuando pudiera encontrar *algo* que le sentara bien.

Mamá me dijo que pasaría, pensó. Tengo que pensar. Mantener la calma.

Se dejó caer en una silla de plástico naranja, dejó la mochila en el rayado suelo de linóleo y apoyó la cabeza en las manos. Tenía la cara ardiendo, estaba temblando y supo con *absoluta* certeza que iba a ponerse a llorar. Como la niña que todos decían que era; demasiado joven para estar allí, demasiado joven para vivir lejos de mamá.

Era un asco ser lista; siempre le ocurría lo mismo.

Respiró entrecortadamente y se apoyó en el respaldo del asiento. No quería gritar (podían oírla). Se preguntó si debía llamar a sus padres para pedirles un aumento de la pensión o utilizar la tarjeta de crédito «solo para emergencias».

Entonces reparó en la nota. Bueno, no era exactamente una nota, sino más bien un graffiti, pero estaba dirigido a ella, en la pared color ceniza justo sobre las lavadoras.

QUERIDA IDIOTA, rezaba, HEMOS ENCONTRADO BASURA EN LAS LAVADORAS Y LA HEMOS TIRADO AL TRITURADOR. SI AÚN LA QUIERES, BUCEA UN POCO.

—Mierda —susurró para sí, y tuvo que contener otra vez las lágrimas, esta vez por un motivo distinto. Odio ciego y estúpido. *Monica*. Bueno, *Monica* y las *monickettes*. ¿Por qué las chicas malvadas y guays siempre van en grupo, como las hienas?, pensó. ¿Y por qué, pese al pelo brillante, las piernas bronceadas y todo el dinero de papá, siempre tienen que fijarse en *mi*?

Aunque *Claire* conocía la respuesta.

Había conseguido que *Monica* pareciera estúpida delante de sus amigas y algunos estudiantes mayores. Aunque tampoco había sido muy difícil; simplemente le oyó decir, al pasar por su lado, que la Segunda Guerra Mundial era «aquella maldita guerra china».

Y, sin pensárselo dos veces, *Claire* había dicho: «No es verdad». Todo el grupo que acompañaba a *Monica*, tumbados en los sofás de la sala de estar de la residencia, la miraron con la misma expresión de sorpresa que la que hubieran dedicado a la máquina de refrescos si esta hubiese dicho algo. *Monica*, sus amigas y tres chicos mayores de alguna fraternidad.

—La Segunda Guerra Mundial —se había lanzado *Claire*, asustada y no muy segura de cómo salir del embrollo—. Quiero decir que... bueno, no es lo mismo que la Guerra de Corea. Eso fue más tarde. La Segunda Guerra Mundial fue contra los alemanes y los japoneses. Ya sabes, Pearl Harbor y todo eso.

Los chicos miraron a *Monica*, empezaron a reír y esta se ruborizó. No mucho, lo justo para estropear la sublime perfección de su maquillaje.

—Recuérdame que nunca te pida un trabajo de historia —le había dicho el chico más mono—. ¿Quién puede ser tan idiota para no saber eso? —Aunque Claire sospechaba que ninguno de ellos lo sabía—. En china, claaaaro.

Claire había reconocido la ira en los ojos de Monica, pese a cubrirla rápidamente con sonrisas, carcajadas y mucho flirteo. Para los chicos, Claire había dejado de existir. Otra vez.

Para las chicas, no era más que una recién llegada, y no especialmente bienvenida, por cierto. Era la historia de su vida. Lista, bajita y de aspecto normalito. Aquello no la convertía precisamente en la ganadora de la lotería de la vida. Tenía que luchar para conseguirlo todo, aunque aún no supiese *qué* debía conseguir exactamente. Siempre había alguien riéndose de ella, o pegándole, o ignorándola, o una combinación de las dos primeras cosas. De pequeña había pensado que lo peor que podía ocurrirle era que se rieran de ella, pero entonces, tras los dos primeros enfrentamientos en el instituto, recibir una paliza subió directamente al número uno de su lista. No obstante, tras su (breve: dos años) experiencia en el instituto, decidió que lo peor con diferencia era ser ignorada. Había llegado y se había marchado del instituto un año antes que todos los demás. Nadie se siente muy cómodo con eso.

Nadie salvo los profesores, por supuesto.

El problema era que a Claire le *encantaba* ir a la escuela. Le gustaban los libros, la lectura, aprender cosas... vale, cálculo no, pero, aparte de eso, le gustaba casi todo lo demás. La física. ¿A qué chica normal le gusta la *física*? A las anormales. A las que nunca están en el grupo de las tías buenas.

Porque, asumámoslo, estar buena es lo que hace que el mundo gire. Monica lo había demostrado, cuando el mundo se había desplazado de su eje unos segundos para cen-

trarse en Claire y después había vuelto a girar alrededor de las guapas.

No era justo. Claire había perseverado y trabajado mucho en el instituto. Se había graduado con un perfecto 4.0, había conseguido unas notas muy altas en los exámenes de ingreso de las grandes universidades, las legendarias, aquellas en las que ser un cerebritito mutante no es necesariamente algo negativo. (Aunque lo más probable es que en esas universidades también hubiese cerebritos mutantes de *piernas largas y esculturales*).

No le importaba. Tras echar una rápida ojeada al montón de respuestas entusiastas de universidades como MIT, Caltech o Yale, sus padres se habían puesto firmes. De ningún modo su hija de dieciséis años (casi diecisiete, insistía ella, aunque no era del todo cierto) iba a trasladarse dos mil kilómetros para ir a la universidad. Al menos no al principio. (Claire intentó, sin éxito, hacerles entender que si algo podía arruinar más rápido su incipiente carrera académica que el hecho de ser una estudiante transferida de una de esas universidades era ser una estudiante transferida de la *Texas Prairie University*. También conocida como TPE.)

De modo que allí estaba, atrapada en el ruinoso último piso de una ruinoso residencia en una ruinoso universidad donde el ochenta por ciento de los estudiantes se trasladaban a otras universidades tras los primeros dos años —o dejaban de estudiar— y las monickettes le robaban la colada y la tiraban por el triturador de basura solo porque Monica no se molestaba en aprender algo de una guerra mundial lo suficientemente importante como para disponer de un numeral romano.

¡Pero no es justo!, gritó algo en su interior. *Ella tenía un plan. ¡Un plan de verdad!* Monica dormía hasta tarde, y Claire se había levantado pronto para hacer la colada mientras el grupo

de las fiesteras aún seguía en estado comatoso y el grupo de las empollonas ya estaba en clase. Había pensado que podía dejar la lavadora en marcha un par de minutos mientras se daba una ducha, otra experiencia aterradora; no se le había ocurrido que alguien pudiera hacer algo tan *rastrero*.

Mientras contenía los sollozos, se percató —de nuevo— del silencio que reinaba en aquel lugar. Horripilante y desierto. La mitad de las chicas estaban profundamente dormidas y la otra mitad hacía rato que se habían ido. Aunque incluso cuando estaba lleno de gente y actividad, la residencia seguía siendo igual de horripilante. Vieja, decrepita, llena de sombras y rincones donde las chicas malas podían ocultarse. De hecho, aquello podría hacerse extensivo a toda la ciudad. Morganville era una localidad pequeña, vieja y polvorienta, llena de pequeñas rarezas aterradoras. Como, por ejemplo, que las farolas solo estuviesen encendidas la mitad de la noche y que la distancia entre ellas fuese mayor de la habitual. O que la gente que trabajaba en las tiendas del campus pareciese *demasiado* feliz. Desesperadamente feliz. O que toda la ciudad, a pesar del polvo, estuviese *limpia*: ni rastro de basura ni de graffiti, nadie pidiendo en los callejones.

Extraño.

Casi podía oír a su madre diciéndole: *Cariño, lo único que ocurre es que estás en un lugar extraño. Las cosas mejorarán. Solo has de esforzarte un poco.*

Mamá siempre decía cosas así, y Claire siempre se había esforzado por ocultarle lo difícil que resultaba seguir sus consejos.

Bueno. Lo único que podía hacer era intentar recuperar su ropa.

Sollozó un par de veces más, se secó los ojos y se cargó al hombro el peso demoledor de su mochila. Observó durante un par de segundos las bragas y el calcetín, aún húme-

dos, que sujetaba con la mano derecha, abrió rápidamente el bolsillo delantero de la mochila y guardó ambas prendas en él. Si alguien la veía con aquello en la mano, perdería el poco atractivo que aún le quedaba.

—Vaya —dijo una voz grave y satisfecha desde la puerta abierta al otro lado de las escaleras—, mirad quién está aquí. La Basurera.

Claire se detuvo con una mano sobre la verja oxidada. Algo la impulsaba a salir corriendo; el dilema de siempre: pelea o huye. Conocía los manuales de memoria, pero estaba cansada de huir. Se dio la vuelta lentamente al tiempo que Monica Morrell salía del dormitorio; no era el suyo, de modo que había vuelto a forzar el candado de Erica. A continuación, aparecieron sus compinches, Jennifer y Gina, y se colocaron una a cada extremo del pasillo. Soldados en sandalias, vaqueros de talle bajo y manicura francesa.

Monica adoptó una pose. Claire tenía que admitir que se le daba muy bien. Casi metro ochenta de alto, cabello negro laceo y brillante, grandes ojos azules, acentuados con la cantidad justa de perfilador de ojos y máscara de pestañas. Una piel perfecta. Un rostro de modelo, todo pómulos y boquita de piñón. Si se dedicara a las pasarelas, sería una modelo de *Victoria's Secret*, todo curvas, sin ángulos.

Era rica y guapa, pero, hasta donde Claire sabía, aquello no la convertía en una persona feliz. Lo que la hacía feliz, lo que hacía relucir aquellos enormes ojos azules, era la perspectiva de atormentar a Claire un poco más.

—¿No deberías estar en primer curso de secundaria? —preguntó Monica—. ¿O experimentando lo que es la primera *regla*?

—Tal vez esté buscando la ropa que ha dejado por ahí tirada —intervino Gina antes de empezar a reír. Jennifer se unió a ella. Claire hubiera jurado que sus ojos, sus preciosos ojos color esmeralda, relucieron ante la perspectiva de

hacer sentir a Claire poco menos que una mierda—. ¡Cu-caracha!

—¿Ropa? —Monica se cruzó de brazos e hizo ver que pensaba—. ¿Te refieres a esos andrajos que tiramos a la basura? ¿Los que dejó en la lavadora?

—Sí, esos.

—No me pondría eso ni para hacer deporte.

—Ni para limpiar el lavabo de los tíos —soltó Jennifer.

Monica, molesta, se dio la vuelta y le dio un empujón.

—Claro, tú conoces muy bien el lavabo de tíos, ¿verdad? ¿En noveno curso no te enrollaste con Steve Gillespie allí?

—Empezó a hacer sonidos obscenos y las tres volvieron a reír, aunque Jennifer parecía un poco incómoda. Claire notó cómo se ruborizaba pese a que, para variar, no era el objeto de las burlas—. Por Dios, Jen, ¿Steve Gillespie? Mantén la boca cerrada si eres incapaz de pensar en algo que no te ponga en ridículo.

Jennifer, por supuesto, dirigió su ira hacia una presa más fácil: Claire. Se abalanzó sobre ella y la empujó en dirección a las escaleras.

—¡Ve a recoger de una vez tu ropa! Estoy harta de mirarte, con esa piel tan pálida...

—Sí, colegiala, ¿alguna vez te ha dado la luz del sol? —dijo Gina mirando el techo.

—Ten cuidado —dijo Monica bruscamente, lo que era extraño, porque las tres tenían el mejor bronceado que puede pagarse con dinero.

Claire recuperó el equilibrio con dificultad. La pesada mochila le hizo perder pie y se sujetó a la barandilla. Jen se abalanzó de nuevo sobre ella y la agarró por el cuello con una mano, provocándole un intenso dolor.

—¡No! —gritó Claire mientras golpeaba con fuerza la mano de Jen.

Se produjo un instante de ominoso silencio, tras el cual, Monica dijo con calma:

—¿Acabas de golpear a mi amiga, putita estúpida? ¿Adónde crees que llegarás aquí haciendo cosas como esa?

Monica dio un paso adelante y abofeteó a Claire con la fuerza suficiente para hacerle sangrar, con la fuerza suficiente para que la visión de Claire se llenara de estrellas y cometas, con la fuerza suficiente para que todo se volviera rojo e incandescente.

Claire se soltó de la barandilla y le devolvió la bofetada a Monica, justo en su boquita de piñón. Durante un tenso y vibrante segundo, Claire se sintió *realmente* bien, pero entonces Monica bufó como un gato escaldado y Claire solo tuvo tiempo de pensar: *Oh, mierda, no debería haberlo hecho.*

No vio el puño. Ni siquiera sintió el impacto. Solo una sensación de vacío y confusión. El peso de la mochila tiró de ella e hizo que se tambaleara hacia un lado.

Estuvo a punto de sujetarse de nuevo a la barandilla pero, entonces, Gina, mientras reía maliciosamente, se acercó a ella y la empujó escaleras abajo. Solo notó aire a su espalda.

Se golpeó en cada uno de los peldaños. La mochila se abrió y desparramó los libros a medida que rebotaba por las escaleras. Mientras tanto, Monica y las monickettes se reían, gritaban y chocaban los cinco, aunque Claire solo pudo verlas en pequeños fragmentos desconectados entre sí, como imágenes congeladas.

Tuvo la sensación de que pasaba una eternidad hasta que, finalmente, se detuvo al pie de las escaleras. Sin embargo, antes de eso, su cabeza golpeó la pared con un sonido desagradable, óseo, y perdió el mundo de vista.

Más tarde solo recordaría una cosa más en medio de la oscuridad: la voz de Monica, un susurro grave y perverso.

—Esta noche. Recibirás la tuya, monstruo. Me aseguraré personalmente.

A Claire le parecieron segundos, pero cuando volvió a despertar, había alguien a su lado, de rodillas, y no era ni Monica ni sus matonas de uñas perfectas; era Erica, quien tenía su habitación en el último piso, cuatro puertas más allá de la de Claire. Erica estaba pálida, tensa, y parecía asustada. Claire intentó sonreír. Es lo que suele hacerse cuando alguien está asustado. No sintió dolor hasta que se movió, y entonces sintió un fuerte latido en la cabeza. Notó un intenso dolor en la parte superior de la misma, y cuando se llevó la mano, descubrió que tenía un enorme chichón. Por lo menos no sangraba. Le dolió aún más cuando reconoció el bulto con los dedos, aunque no era un dolor oh-Dios-mío-fractura-de-cráneo, o al menos eso esperaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Erica mientras agitaba las manos frente al rostro de Claire como si aquella fuese toda la ayuda que fuese capaz de proporcionar. Claire logró sentarse con muchas dificultades y apoyó la espalda contra la pared. Echó una ojeada rápida a la parte superior de las escaleras y volvió a bajar la cabeza. Parecía que no había Monicas en la costa. No había aparecido nadie más para averiguar qué había ocurrido; la mayoría no querían meterse en problemas y al resto simplemente les traía sin cuidado.

—Sí —dijo, e intentó reír débilmente—. Supongo que he tropezado.

—¿Quieres ir al curandero? —En el código universitario, la enfermería—. O, no sé, ¿que llame a una ambulancia o algo así?

—No. No, estoy bien. —Aunque era más un deseo que una realidad. Pese a todo, y aunque tenía todo el cuerpo dolorido, parecía no tener nada roto. Se puso en pie, hizo una mueca de dolor al sentir un pinchazo en el tobillo y recogió su mochila. Varios libros de texto cayeron al suelo.

Erica recogió un par y volvió a meterlos en la mochila, tras lo cual, subió con agilidad unos cuantos escalones en busca del resto de libros dispersos por el tramo de escalera—. Maldita sea, Claire, ¿necesitas toda esta mierda? ¿Cuántas clases tienes al día?

—Seis.

—Estás como una cabra. —Tras su buena obra del día, Erica regresó a la neutralidad con que todas las chicas no-guays de la residencia la habían tratado hasta entonces—. Será mejor que vayas al curandero. Tienes un aspecto horrible.

Claire se decidió por una sonrisa y la mantuvo hasta que Erica llegó al final de las escaleras y empezó a quejarse del candado roto de su dormitorio.

Esta noche, le había susurrado Monica. *Recibirás la tuya, monstruo*. No había avisado a nadie, ni siquiera se había molestado en asegurarse de que Claire no tuviera el cuello roto. No le importaba en absoluto que pudiera morir.

No, no era eso. El problema era que *sí* le importaba que pudiera morir.

Claire saboreó la sangre. Tenía el labio partido, y estaba sangrando. Se limpió la herida con el reverso de la mano y después con la camiseta, hasta recordar que era, literalmente, lo único que le quedaba de ropa. *Tengo que bajar al sótano y sacar la ropa de la basura*. La idea de bajar a aquel lugar —de ir a cualquier sitio en aquella residencia— le puso los pelos de punta. Monica la estaría esperando. Y las otras chicas no intervendrían. Incluso Erica, quien probablemente era la más decente de todas, tenía miedo de ponerse de su lado. Mierda, a Erica también la habían acosado, aunque seguramente se sintiera aliviada de que Claire hubiera llegado para llevarse la peor parte. Aquello no solo era tan malo como el instituto, donde la habían tratado con desprecio e indiferente crueldad, sino que era

peor, muchísimo peor. Y allí ni siquiera tenía amigos. Erica era lo que más se acercaba a una amiga, y Erica estaba más preocupada por su puerta rota que por la cabeza rota de Claire.

Estaba sola. Y si antes no había tenido miedo, ahora sí que empezaba a sentirlo. Un miedo aterrador. Lo que hoy había visto en los ojos de las mafiosas de Monica no era simplemente la perezosa amenaza de las guays contra las empollonas; era algo peor. Estaba acostumbrada a los empujones y golpes ocasionales, a las zancadillas, a las risas maliciosas, pero aquello se parecía más a leones disponiéndose para la matanza.

Van a matarme.

Empezó a bajar las escaleras lentamente, cada escalón una dolorosa descarga por todo su cuerpo, y entonces recordó que la bofetada había dejado una marca en la mejilla de Monica.

Sí. Van a matarme.

Si a Monica le salía un moratón en su rostro perfecto, su destino estaba escrito.